



UN LUGAR PARA LA PERVIVENCIA Y NORMALIZACIÓN DEL EUSKARA

La pluralidad lingüística de Europa no se circunscribe solo a las lenguas de los estados, ni tampoco a aquellas lenguas que a través de los estados han adquirido su oficialidad en la Unión Europea. Al contrario, son aún más las comunidades lingüísticas que no tienen el carácter de lengua de estado y que sin embargo ahí están, existen. Igualmente, hay estados en los que en todo el ámbito de una comunidad lingüística minorizada, o en parte de ella, reconocen los derechos lingüísticos de los ciudadanos así como también hay estados que actúan como si tales realidades no existieran. Porque, en esta Europa en la que vivimos, cada uno muestra y gestiona a su gusto su pasado y su presente, así como sus miedos y supuestas amenazas.

Las realidades lingüísticas y culturales que se dan en los diferentes estados son testigos del pasado convulso vivido en Europa, realidades que provocan que una lengua que es oficial en un estado sea una lengua minorizada en el estado vecino. Ya que durante siglos algunos grupos humanos han mostrado sus ansias de dominar, absorber y ganar espacio a costa de otros grupos étnicos y lingüísticos. En este contexto también hay pueblos y lenguas pequeñas que han logrado perdurar, aunque esto haya sucedido en condiciones nada favorables. Esa es la razón por la que, para muchos que tienen como objeto de estudio a las minorías, sea un misterio que la diversidad lingüística que alberga Europa haya podido perdurar —al menos en cierta medida— hasta la actualidad.

¿Por qué y para qué pervivir cuando tienes todo en contra? Será porque no queremos desaparecer, ser borrados de la memoria, constituyendo esto la base de nuestra fuerza vital, de la de cada pueblo, una fuerza que nos empuja a seguir adelante superando toda adversidad.

Nosotros los vascos siempre seremos pocos —como lo son otros— y, comparada con otras comunidades lingüísticas, la nuestra será —en el mejor de los casos— siempre pequeña. De todas formas, este hecho no significa que tengamos menos derechos, que seamos menos que los demás. Del mismo modo, a la hora de concretar lo que debemos

hacer para asegurar la conservación y normalización del euskara, no intentemos emular a las grandes lenguas, a las ambiciosas, a las que algunos denominan hegemónicas.

Traigamos a colación las siguientes palabras de Koldo Mitxelena: “Así como nuestro pueblo necesita encontrar un lugar entre los pueblos, así también nuestra lengua tiene que encontrar un lugar entre las lenguas: un lugar suficiente, que asegure su continuidad y desarrollo sin aventuras maximalistas”. He ahí la clave perfectamente formulada. Las posturas extremas no son buenas para atraer a las personas al terreno de las lenguas minorizadas, ni para buscar consensos, ni para su normalización, pero también se necesitan unas condiciones mínimas para que una lengua como la nuestra tenga no solo pasado, sino también futuro en este mundo cada vez más pobre en diversidad.

Nosotros, vascos que estamos repartidos en diferentes estados y realidades, queremos hacer nuestro camino entre las lenguas y los pueblos del mundo, sin dormirnos en la complacencia de lo nuestro. Queremos dar pasos mirando a Europa, al mundo, teniendo como compañeras de viaje nuestra cultura y nuestra lengua, y en esa tarea puede servir de ayuda la Resolución aprobada el 11 de septiembre de 2013 por el Parlamento Europeo sobre las lenguas europeas amenazadas de desaparición y la diversidad lingüística en la Unión Europea.

Así las cosas, Euskaltzaindia y Sabino Arana Fundazioa se propusieron analizar la citada Resolución en un seminario que se llevó a cabo el 21 de febrero de 2014 en Bilbao, en la sede de la Fundación. En el mismo participaron miembros y grupos de diferente modo de pensar del Parlamento Europeo, así como representantes de instituciones públicas y de asociaciones y organismos del País Vasco. El resultado lo tienes en tus manos.

Necesitamos reflexión e ideas para que el euskara perdure, se normalice y se fortalezca, puesto que no existe impulso más potente para desprezarse y ponerse en marcha ante las adversidades.

